

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La segunda vez que se vieron fué en una boda, en la que "el chico de Gaos" había sido designado por los padrinos para darla el brazo. Al pronto, ella se sintió contrariada al reflexionar que se vería obligada a desfilar en público del brazo del joven, en quien todo el mundo se iría fijando a causa de su elevada estatura, y que probablemente no sabría decirle nada por el camino. Decididamente, el tal Juan la intimidaba con su aire de pocos amigos.

A la hora marcada todos los que debían formar el cortejo estaban reunidos, salvo Juan Gaos, que no parecía. La concurrencia se impacientaba, y hablaban ya de no aguardarlo. Entonces fué cuando ella se dió cuenta a sí misma de que si se había esmerado en su *toilette* había sido por él solo; que con cualquiera otro de los demás, la fiesta, el baile y todas las diversiones hubieran resultado para ella exentas de todo placer...

Por fin se presentó Juan, asimismo vestido con esmero, y sin torpeza ni embarazo presentó sus excusas a los novios y a la familia por haberles hecho aguardar tanto. He aquí lo que había ocu-

30476

rrido, según sus explicaciones: de la costa inglesa se había recibido aviso de que grandes bancos de pescados, que nadie esperaba, debían pasar por la tarde un poco *al largo* de Aurigny, y a tal noticia, todo cuanto barco existía disponible en Ploubazlenec, había aparejado sin pérdida de momento. Gran emoción en las aldeas de pescadores. Las mujeres buscando a sus maridos por las tabernas, empujándoles para hacerles correr, trabajando ellas mismas para ayudar a izar las velas; por fin, un zafarrancho general en todo el país.

Juan relataba todas estas cosas con extremada facilidad, en medio de los concurrentes, que le oían con atención; acompañaba sus frases con gestos y guiños que le eran peculiares, y no abandonaba una sonrisa plácida, que dejaba entrever su brillante dentadura. En cuanto a él, para poder asistir a la boda había tenido que buscar otro marinero que lo sustituyera provisionalmente y hacerlo aceptar por el patrón del barco, a trueque de perder su parte en la pesca. De ahí su tardanza involuntaria.

Un motivo de esta índole estaba perfectamente al alcance del público de pescadores y pescadoras que le escuchaba: todos ellos sabían que las circunstancias de su existencia estaban más o menos sometidas a las cosas imprevistas del mar, a los cambios de tiempo y a las migraciones misteriosas de los peces. Lo que sentían la mayor parte de los que estaban allí era no haber sido avisados a tiempo para aprovecharse, como los de Ploubaz-

lenec, de aquella fortuna que iba a pasar *al largo*.

Ya era tarde para pensar en pesca: lo más del caso era dar el brazo a las muchachas y ponerse en camino, como lo hicieron, al son de los violines que abrían la marcha.

Al principio Juan no dirigió a su pareja más que esas galanterías sin alcance, como se les dicen en tales fiestas a las jóvenes bonitas con quienes no se tiene confianza. Entre los que asistían a la boda, ellos solos eran extraños el uno para el otro: los demás, todos eran primos y primas, prometidos y prometidas. Pero a la noche, mientras se bailaba, habiéndose suscitado entre los dos la conversación sobre el gran paso de pescado, él le disparó bruscamente esta declaración inesperada:

—Sólo por vos, señorita Gaud, ¡por vos sola!, hubiera yo dejado de asistir a la pesca con mis compañeros.

Un poco asombrada de que el marino se hubiera atrevido a hablarla así, ¡a ella, que había condescendido a asistir al baile como una reina se presta a ir a la casa de un vasallo!, pero deliciosamente lisonjeada en el fondo, concluyó por contestarle:

—Muchas gracias, señor Juan; yo también prefiero vuestra compañía a la de cualquier otro.

Y aquello fué todo. Pero a partir de este cambio de frases significativas, no cesaron de hablar de cosas indiferentes, es cierto, pero en voz más baja y más dulce.

Juan refería ingenuamente su vida de pescador,

sus fatigas, los salarios que ganaba, las dificultades con que sus padres lo habían criado, cuando tenían que mantener nada menos que a quince pequeños Gaos, de los cuales él era el mayor. Ahora los viejos vivían en una abundancia relativa, sobre todo desde que su padre había tenido el feliz hallazgo de un casco de buque abandonado, cuyo maderaje y clavazón, después de pagado al Estado lo que de derecho le correspondía, le produjo diez mil francos. Esta pequeña fortuna les había permitido ensanchar con un piso más su casita, la cual estaba situada al extremo del país de Ploubazlenec, en la aldea de Pors-Even, dominando el mar.

—Es muy duro—decía—ese oficio de pescador de Islandia; partir así en cuanto llega el mes de febrero para un país tan triste y tan frío, con una mar tan mala... A pesar de todo, hay otras profesiones peores; un ejercicio que reporta en cada temporada de mil a mil doscientos francos, no es tan ingrato. Todas las penalidades pueden darse por bien empleadas con tal de entregar a la vuelta ese dinero a la mamá.

—¿Todo se lo dabais a vuestra madre, señor Juan?

—Todo, siempre todo: es la costumbre de nosotros los pescadores, señorita Gaud. Así es que, podéis creerlo, yo nunca tengo dinero, salvo el poco que me da mi madre los domingos cuando bajo a Paimpol; y si no fuera porque mi padre me com-

pró este traje nuevo que tengo puesto, no hubiera podido venir a la boda.

Juan decía estas cosas sonriendo y fijándose con atención en la fisonomía de Margarita, como para tratar de sorprender el efecto que hacían sus frases. Parecía quererla dar a entender que no era rico, como ella.

Ella también sonreía y le miraba, contestándole en muy pocas palabras, pero escuchándole con toda su alma, cada vez más admirada y más atraída hacia él. ¡Qué mezcla de rudeza salvaje y de niñez cariñosa! Su voz grave, que cuando hablaba a otras personas era brusca y decidida, tomaba, cuando se dirigía a ella, un tono suave y acariciador, a manera de una música velada de instrumentos de cuerdas.

¡Y qué cosa tan singular y sorprendente aquel hombrón tan grande, con su aire desenvuelto y su aspecto terrible, a quien en su casa continuaban tratando como a un chico y que lo encontraba natural; que había corrido el mundo, todas las aventuras y todos los peligros, y que conservaba una sumisión tan respetuosa, tan absoluta por sus padres!

Ella, como para colocarse en cierto modo a su nivel, le refería que no siempre estuvo su padre bien acomodado como ahora; que el Sr. Mével también había sido en su juventud pescador de Islandia, y que profesaba la mayor estimación hacia los "islandeses"; que se acordaba muy bien de que cuando murió su pobre madre, también

ella anduvo bastante tiempo corriendo por la playa con los pies desnudos.

.....
¡Ah, la inolvidable noche del baile, decisiva y única en su vida! Seis meses habían transcurrido desde entonces, y cada día la tenía más fija en su memoria. ¡Como que no pensaba más que en ella! Todos los bailarines de entonces pescaban a la hora presente diseminados por el mar de Islandia, en la claridad del sol pálido que alumbraba aquella inmensa soledad, mientras las sombras de la noche iban cayendo tranquila y lentamente sobre la tierra bretona.

.....
Las ventanas se habían ido cerrando unas después de otras; pero Margarita continuaba asomada a la suya. Los pocos transeuntes que pasaban por la playa, al distinguir en la obscuridad de la noche el blanco contorno de su cofia, debían decir para sus adentros: "He ahí una joven que con seguridad piensa en su novio." Y era verdad que pensaba en su novio, y que tenía ganas de llorar, y que sus ojos permanecían obstinadamente fijos en la sombra, sin ver nada de las cosas reales...

Pero ¿qué extraña mutación había experimentado Juan después de la inefable noche del baile? ¿Por qué no había vuelto? ¿Por qué, cuando la casualidad les había hecho encontrarse, parecía como que huía de ella y apartaba sus ojos de los suyos?

Algunas veces habían hablado de semejante rareza Silvestre y ella, sin que tampoco el excelente muchacho se la explicara.

—Lo único que sé, Gaud, es que si tu padre lo consintiera, con ése era con quien tú debías casarte. A buen seguro que no había de encontrar en todo el país yerno más juicioso, más honrado, ni que mejor entendiera su oficio. No, no puedes formarte idea de lo bueno que es Juan por todos conceptos.

¡El permiso de su padre! Bien confiada estaba en obtenerlo, porque el Sr. Mével no había contrariado nunca a su hija en sus voluntades. ¿Que no era rico? A ella no le importaba nada: tratándose de un marino tan bueno, sería suficiente adelantarle algún dinero para que durante seis meses hiciera los estudios necesarios para la navegación de cabotaje, y en ese tiempo se convertiría en un excelente capitán a quien todos los armadores querían confiar sus buques.

Con su fina diplomacia de mujer, había interrogado discretamente a las muchachas que sabían todas las historias de amor que corrían en el país, y había adquirido la convicción de que Juan no estaba comprometido con ninguna: sabía que andaba mariposeando de derecha a izquierda en Lezardrieux como en Paimpol, pero sin mostrar preferencias marcadas.

Cierto domingo, bastante tarde, le había visto pasar muy amartelado con una tal Jenny Curof, a la que no se le podía negar que era bonita, pero

cuya reputación era detestable. Aquello la había hecho un daño cruel.

La habían asegurado que tenía un genio muy iracundo; que habiéndose emborrachado una noche en el café de Paimpol, donde los "islandeses" acostumbraban celebrar sus fiestas, había echado abajo con la tapa de una mesa de mármol, una puerta que no querían abrirle.

Todo eso le perdonaba ella de buen grado: todos los marinos gustan de las chicas bonitas y amables, y todos son violentos cuando se emborrachan. Pero una vez que las gentes que le conocían estaban de acuerdo en concederle un buen corazón y buenos sentimientos, ¿a qué había ido a sacarla de su tranquila indiferencia? ¿Qué necesidad había tenido de estarle hablando durante toda una noche con aquella cariñosa franqueza, y de hacerla confidencias que solamente se hacen a la persona por quien se tiene mucho interés?

En vano había mantenido durante lo que restaba de invierno la esperanza de que volverían a hablarse; ni siquiera había ido a despedirse de ella cuando llegó el momento de la partida a Islandia.

Ahora que él estaba ausente, nada existía para Margarita: ¡nada más que el tiempo, que transcurría con suma lentitud para ella, que deseaba la vuelta del otoño, época del regreso de los pescadores, para salir de sus crueles dudas!

Daban las once en el reloj de la alcaldía.

En Paimpol las once de la noche es muy tarde;

la joven cerró, pues, la ventana y encendió su lámpara para acostarse, sin dejar de pensar en la extraña actitud de Juan. ¿Era hurraño en demasía, o le retraía el temor de verse rechazado porque carecía de bienes de fortuna? Ella estuvo por habérselo preguntado sencillamente; pero Silvestre, a quien dió cuenta de su proyecto, la hizo observar con mucha cordura que semejante cosa parecería mucho atrevimiento en una joven soltera, y que ya se murmuraba en Paimpol de su aire distinguido y de su manera de vestir.

.....

Margarita iba despojándose de sus ropas con la lentitud distraída de la mujer que sueña despierta: primero se quitó su cofia de muselina; luego su traje, de corte elegante al uso de las ciudades, que arrojó de cualquier modo sobre una silla. A estas prendas siguió el largo corsé de señorita, que daba bastante que decir a las gentes de Paimpol a causa de su corte parisiense. Entonces su talle, ya libre, apareció aún más perfecto con sus líneas naturales, que eran a la vez llenas y suaves como las de las estatuas de mármol, y que, cambiando de aspecto a cada uno de sus movimientos, prestaban a las posturas de la joven indefinible encanto.

Luego deshizo las dos trenzas que en figura de caracoles se enrollaban por encima de sus orejas, y dos robustas matas de pelo cayeron sobre su espalda como gruesas serpientes muy pesadas:

en seguida se las arregló a modo de corona en lo alto de la cabeza, por ser el tocado más cómodo para dormir. Con aquel sencillo peinado y su perfil recto, la bella bretona parecía una virgen romana.

Por fin la venció el sueño...

En su cabaña de Ploubazlenec, la vieja abuela Moan había concluido también por dormirse con el sueño helado de los ancianos, soñando con su nieto y con la muerte.

Y a aquella misma hora, a bordo de la *María*, sobre el mar boreal, que estaba aquella noche un poco inquieto, Juan y Silvestre se cantaban canciones el uno al otro, sin abandonar un punto su pesca a la luz del día sin fin.

VI

Había pasado un mes: estamos en junio.

Alrededor de la Islandia reinaba ese tiempo raro que los marinos llaman *calma chicha*; es decir, que nada se movía en el aire, como si las brisas todas estuviesen aniquiladas.

El cielo se había cubierto de un gran velo blanco, que allá abajo, hacia el horizonte, pasaba de los grises plomizos, a los reflejos pálidos del estaño. Espejo de aquella bóveda triste, las aguas inertes tenían también una brillantez lívida, que fatigaba los ojos y daba frío.

Noche eterna o eterna mañana: he aquí lo que era imposible de discernir. Allí estaba el sol siempre, para presidir a aquel resplandecer de cosas muertas, muerto él también, casi sin contornos, agrandado hasta lo inmenso por un *halo* velado.

Juan y Silvestre, a la vez que pescaban el uno al lado del otro, se entretenían en cantar *Juan Francisco de Nantes*, la canción que no se acaba nunca, cuya monotonía misma les distraía y les hacía mirarse con el rabillo del ojo para reírse de la especie de travesura infantil con que ensar-

taban coplas y más coplas del *Juan Francisco*, como si cantasen en competencia.

La *María* proyectaba sobre la superficie del mar una larga sombra, que parecía verdosa en medio de aquella extensión pulimentada que reflejaba las blancuras del cielo. En todo lo que ocupaba aquella sombra, se podía distinguir por la transparencia del agua lo que pasaba bajo las ondas: miriadas y miriadas de peces, todos iguales, se deslizaban suavemente en la misma dirección, como persiguiendo un mismo fin de su perpetuo viaje. Eran los bacalaos, que ejecutaban sus evoluciones, guardando en su marcha notable paralelismo. A veces, con un coletazo brusco, se volvían todos a un mismo tiempo, mostrando su brillante vientre plateado; y a poco, el mismo coletazo, la misma vuelta, se propagaban en el banco entero por ondulaciones lentas, como si millares de láminas de metal hubiesen despedido entre dos aguas un pequeño relámpago cada uno.

El disco solar, ya muy bajo, iba descendiendo más todavía, indicando la proximidad de las horas que en nuestras latitudes corresponden a la noche. A medida que se aproximaba a las zonas de color de plomo que avicinaban el mar, tornábase amarillento, y su círculo se dibujaba más claro, más real. Se le podía mirar, como se mira a la luna, sin que la vista se sintiese ofendida lo más mínimo.

Alumbraba, sin embargo; pero hubiérase di-

cho que no se hallaba situado muy lejano en el espacio; creeríase que yendo en un barco nada más que hasta el extremo del horizonte, se tropezaría con aquel gran globo triste, flotando en el aire a algunos metros sobre las aguas.

La pesca iba bien y de prisa; mirando a través del agua, se veía perfectamente a los bacalaos morder el cebo con un movimiento de glotonería, y sacudirse en seguida al sentirse pinchados por el anzuelo, con lo que sólo conseguían clavárselo mejor. Y de minuto en minuto los pescadores tiraban de su cordel, arrojando el animal palpitante al encargado de abrirle el vientre y sepultarlo en el barril de sal con sus congéneres.

La flotilla de los barcos paimpoleses estaba esparcida sobre el tranquilo espejo, animando con su presencia aquellas soledades. Aquí y allí se divisaban a lo lejos las velas, desplegadas no más que por la forma, pues ya hemos dicho que no se sentía el más leve soplo de la brisa.

¡Oh! Aquel día el oficio de pescador en Islandia era agradable y fácil, casi un oficio de mujer.

Juan Francisco armaba un cisco,
¡Juan Francisco!
¡Juan Francisco!

Así seguían cantando Juan y Silvestre, los dos niños grandes.

Debajo de la cubierta, en la camareta descrita

al principio de este relato, ardía siempre el fuego del hornillo, y la boca de escotilla permanecía cerrada para procurar la sensación de la noche a los que tenían necesidad de sueño. Cada cual, concluido su *cuarto*, se acostaba cuando le parecía, porque la cuestión de horas no tenía importancia en aquella claridad perpetua.

.....
 Con sus matas de lentisco,

¡Juan Francisco!

¡Juan Francisco!

Sin dejar su monótona cantinela de *Juan Francisco*, los dos amigos miraban atentamente en el fondo del horizonte gris, un punto apenas perceptible, un penachito de humo de un tono algo más oscuro que el del cielo.

Su vista, ejercitada en sondear las profundidades, no tardó en discernir lo que era aquello.

—¡Un vapor a la vista!

—Tengo idea—dijo el patrón después de mirar a su vez atentamente—de que es un crucero de guerra que viene a hacer su visita a nuestra flota.

El vago penachito de humo traía a los pescadores noticias de Francia; entre otras, cierta carta de una abuelita, escrita por la mano de una bella joven que no habrán olvidado nuestros lectores.

El buque, en tanto, seguía acercándose; bien pronto se divisó distintamente su casco negro, y se vió que, en efecto, era el crucero que daba una vuelta por los *fiords* del Oeste.

Al mismo tiempo levantóse una ligera brisa que

empezaba a rizar las aguas, muertas hasta entonces, trazando sobre el luciente espejo dibujos de un verde azulado que se extendían como abanicos o se ramificaban en forma de *madréporas*; algo como un signo de que se acercaba el fin de la laxitud inmensa de la atmósfera. El cielo, desembarazado de su crespón de nubes, ostentaba ahora tintas más claras. El tiempo experimentaba un cambio rápido, pero que parecía deber ser poco agradable.

Así que divisaron el crucero, de todos los puntos del mar empezaron a llegar barcos pescadores que hacían estación en aquellos parajes; barcos bretones, normandos, boloñeses o dunkerqueses. De todos los rincones del horizonte salían velas que iban a reunirse al crucero aprovechando la brisa.

El buque de guerra, que se había parado sobre su máquina, no tardó en hallarse rodeado de barcos pescadores. De cada uno de éstos veíase salir la lancha, llevando a bordo del crucero a hombres rudos, de luengas barbas, ataviados de una manera salvaje.

A todos ellos se les ocurría algo que pedir a los tripulantes del crucero: unos querían medicinas, otros necesitaban algún suplemento de víveres; muchos reclamaban utensilios para practicar una pequeña reparación; los más, preguntaban si había cartas para sus barcos respectivos.

No faltaban, en efecto, cartas para los islandeses. Había, entre otras muchas, dos para la *María*: la una para *Juan Gaos* y la otra para *Silvestre Moan*, esta última, venida por la vía de Dinamar-

ca a Reickavick, donde la había recogido el crucero. El contramaestre iba distribuyendo las cartas, que sacaba de una valija de lona, no sin que le costara bastante trabajo leer los sobres, generalmente escritos por manos nada hábiles en la caligrafía.

El comandante gritaba sobre el puente:

—¡Vivo, acabar pronto, que baja el barómetro!

Juan y Silvestre, sentados en un rincón del puente de la *María*, leían sus cartas al resplandor del sol de media noche, que les enviaba desde lo alto del horizonte su luz de astro muerto.

En la carta recibida por Juan halló Silvestre noticias de su prometida, María Gaos, así como en la destinada a Silvestre leyó Juan las historias graciosas relatadas en ella por la vieja abuela Moan, que no tenía igual en lo de distraer a los ausentes, sin que se le pasara por alto la última línea, que decía: "Expresiones de mi parte al chico de Gaos."

Luego de leídas las cartas, Silvestre enseñaba tímidamente la suya a su amigote, encomiándole lo elegante de la letra:

—Mira, mira qué escritura tan bonita, ¿es verdad, Juan?

Pero Juan, que sabía divinamente de quién era aquella letra tan bonita, volvió la cabeza encogiéndose de hombros, como dando a entender que ya empezaban a aburrirle las constantes alusiones de Silvestre a la bella Margarita Mével.

Viendo aquel ademán, el buen muchacho dobló

cuidadosamente su carta y la guardó en el bolsillo de su camiseta, diciendo para sus adentros:

—Decididamente, nunca se casará con ella. Pero ¿qué diablos de prevención ha tomado éste contra Gaud?

Ambos permanecieron una porción de tiempo abismados en sus reflexiones, pensando en el país, en los ausentes, en mil cosas...

El eterno sol de aquellas regiones, que había tocado un poco las aguas con su disco, volvió a elevarse lentamente.

Era la mañana...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1927-1928 MONTERREY, MEXICO